

blevada de Holanda. En los meses de noviembre y diciembre la Frisia fué reducida á la obediencia del rey, y el conde Vanden Berghe, lanzado de allí, se refugió á Westphalia, desbalijado por su misma gente. Todo esto se hacia permaneciendo el duque de Alba en Nimega, lejos del teatro de la guerra ⁽¹⁾.

Pero el acontecimiento mas notable y digno de memoria de esta guerra fué el famoso sitio de Harlem, bella ciudad de Holanda, en que los rebeldes se atrincheraron, menospreciando con altivez toda propuesta de perdon, y donde se defendieron heroicamente contra todo el ejército de Felipe II, mandado por don Fadrique de Toledo, hijo del duque de Alba, por espacio de ocho meses que los tuvo cercados (desde diciembre de 1572 á julio 1573). Todas las hazañas y todos los padecimientos, todo el valor y toda la constancia, todas las calamidades y todos los recursos, todas las artes é industrias y todos los males que se pueden emplear y sufrir en el mas porfiado ataque y en la mas obstinada defensa de una plaza, todo se empleó y todo se sufrió en el cerco de Harlem por sitiados y sitiadores, y podria escribirse del sitio y defensa de Harlem un volumen entero. Bástenos notar, á nosotros que no podemos detenernos á referir los particulares lances de cada guerra ni

(1) Mendoza, Coment., libro VIII.—Estrada, Dec. I., libro VII.—Cartas originales del duque de Alba, del de Medinaceli, del contador Alameda y otros, al rey y al secretario Gabriel de Zayas; Archivo de Simancas, Estado, legajo 552.

de cada campaña, algunas circunstancias que darán idea de la heroica porfia de los unos y del desesperado esfuerzo de los otros en este sitio.

El encarnizamiento con que se peleaba era tal que no se perdonaba á nadie la vida, y á todo el que se cogia de una parte ó de otra, no se tardaba en ahorcarlo sino el tiempo necesario para cerciorarse de que era enemigo, lo que equivale á decir que se le ahorcaba en el acto. De esta ferocidad dieron los sitiados el primer ejemplo. Repetidas veces colgaron estos de las almenas los cadáveres de los españoles, insultando al propio tiempo á los del campo con palabras provocativas. Los españoles por su parte arrojaban dentro de los muros cabezas cortadas, con carteles como los siguientes: *Cabeza de Filipo Coninx, que vino con dos mil hombres á libertar á Harlem;—Cabeza de Antonio Pictor, el que entregó la ciudad de Mons á los franceses.* A esto contestaron los de dentro arrojando once cabezas el campamento español con un letrero que decia: *Los de Harlem envian diez cabezas, para que el duque de Alba no haga la guerra con pretesto de que se nieguen á pagar la décima: y para que vea que le pagamos con usura, le enviamos una mas.* Muchas veces ponian sobre los muros imágenes de santos, y aun del mismo Redentor de los hombres, para que recibieran los primeros las balas de los españoles; y otras presentaban figuritas de sacerdotes y frailes, y hacian la ceremonia burlesca de azotarlos

y cortarles despues las cabezas. Las mugeres de Harlem formaron tambien su especie de escuadron de amazonas con su correspondiente capitana, y con una intrepidez que admiraba á los mismos enemigos alternaban con los hombres en la defensa de los muros, y desafiaban á los españoles con sus arcabuces. La muerte de los famosos y entendidos ingenieros del ejército real, Cressonniere y Bartolomé Campi, la inutilidad de los repetidos asaltos que tantas víctimas costaban á los sitiadores, los trabajos que estos sufrían en aquellas heladas lagunas, todo iba ya inclinando á don Fadrique de Toledo á abandonar la empresa y á retirarse á Brabante. Pero entendido esto por el duque de Alba su padre, le envió á decir: « *que si alzaba el campo sin rendir la plaza, no le tendria por hijo; que si moria en el asedio, él iria en persona á reemplazarle, aunque estaba enfermo y en cama; y que si faltaban los dos, iria de España su madre á hacer en la guerra lo que no habia tenido valor ó paciencia para hacer su hijo* (1). »

(1) Esta embajada es tan cierta, que el que la refiere es el mismo que la llevó, y la comunicó tambien al ejército en las trincheras, á saber: don Bernardino de Mendoza. Este mismo llevaba orden del duque de Alba para reconocer las baterías, las minas y todos los trabajos del sitio, y vino á España á dar cuenta de todo al rey, volviendo luego á Nimega con buena provision de dinero, y con poder del rey para arreglar las diferencias que con la reina de Inglaterra habia sobre embargos, en cuyo viage dicen que empleo mes y medio. Entonces fué tambien cuando Felipe mandó á don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla y gobernador de Milan, que enviase al ejército de Harlem cinco mil españoles en veinte y cinco banderas.—Mendoza, Comentarios, lib. IX, página 191 y 192, edic. de Madrid de 1592.

Usaron los de Harlem en este sitio de palomas correos para comunicarse con el príncipe de Orange, á imitacion de los antiguos romanos en el sitio de Módena. Sabida es ya la forma y artificio que se emplea para obtener este medio de comunicacion. Mas esto duró solamente hasta que la casualidad hizo que una de las inocentes mensageras cayera fatigada en los reales y se descubriera el secreto, pues desde entonces los soldados se entretenian en cazar con sus arcabuces todas las que veian á tiro. Unos y otros recibían socorros por mar y por tierra, y por tierra y por mar se peleaba. En ambos campos se hacía sentir el hambre, pero mas especialmente en la ciudad, donde se comia las cosas mas inmundas, hasta las suelas del calzado. Aquellas gentes, sin embargo, no se rendian, aun con ver acribilladas sus murallas con diez mil doscientas cincuenta balas de cañon que sobre ellas se tiraron, segun cuenta que llevaron algunos curiosos. El 8 de julio, á media noche, hizo el príncipe de Orange un esfuerzo para socorrer á los de Harlem, pero la mañana del 9 le atacó don Fadrique, y le derrotó completamente, matándole tres mil hombres, y cogiéndole toda la artillería y banderas, y hasta trescientos carros de municiones. Con esto acabó de desaparecer toda esperanza para los sitiados, los cuales, no obstante, en su desesperacion, pocos como ya quedaban, hambrientos y escualidos, y habiéndoles sido rechazada toda propuesta de capitulacion, todavía

intentaron una salida, dejando en la ciudad las mujeres y niños, sin mas objeto que el de morir matando. Pero las lágrimas y los abrazos de los hijos y de las madres pudieron tanto en los corazones de aquellos valerosos guerreros que habian despreciado tantas veces el fuego y el hierro enemigo, que no pudiendo resistir á la sensación de la ternura, volvieron atrás, y se rindieron al fin sin mas condicion que la generosidad ó la clemencia que quisiera tenerles el rey (12 de julio, 1573).

Dió don Fadrique de Toledo las disposiciones oportunas para la entrada en Harlem, prescribiendo á cada capitán el puesto que debería ocupar. Cuando el duque de Alba desde Nimega comunicó al rey (14 de julio) la rendición de Harlem, le decia: «Desearia mucho que no se saquease, porque tenga lugar la misericordia, y se pueda hacer el castigo que merecen los culpados. De los walones, franceses y ingleses *he escripto á don Fadrique no me deje hombre á vida, y de los alemanes las cabezas*; y los otros, con juramento de no servir mas á este rebelde, los eche desnudos por parte que no puedan hacer daño. Los burgueses se castigarán algunos; con los demás se usará de misericordia, por ejemplo de las demas villas...» (1). Y así lo hizo. Dos mil trescientos soldados, franceses, walones é ingleses con sus comandan-

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 535.

tes, fueron pasados por las armas, multó á la ciudad en cien mil escudos, é hizo ahorcar algunos ciudadanos. En el parte que de esto daba al rey (Utrecht, 28 de julio) le decia: «Agora, señor, es menester procurar por todas las vias posibles, y *con todas las blanduras que en el mundo se pudieren hallar*, la reducción de este pueblo, porque estando V. M. armado como está, tiene lugar la misericordia, y la tendrán por tal, y si en otro tiempo se acometeria con ella, fuera darles ocasion de mayores desvergüenzas.»

Habian muerto en el sitio de Harlem mas de cuatro mil hombres del ejército real, entre ellos muy ilustres y valerosos capitanes. Recibieron heridas don Fadrique, don Fernando y don Rodrigo de Toledo, los maestros de campo don Gonzalo de Bracamonte y Julian Romero, y otros muchos esforzados caudillos oficiales de todas naciones. Calcúlase que murieron de los enemigos mas de trece mil (1).

A los quince dias ó poco mas de la entrada de nuestras tropas en Harlem, amotináronse los tercios veteranos españoles pidiendo que les diesen qué comer, é hi-

(1) Además de las noticias que de este sitio y esta guerra nos da don Bernardino de Mendoza, el mas autorizado de los historiadores de las cosas de Flandes, en el libro IX de sus Comentarios, tenemos á la vista copias de multitud de documentos originales de la correspondencia del duque de Alba con el rey, y de este con otros personajes que se hallaban en Flandes y Holanda, la del duque de Alba con don Fadrique, su hijo, general del ejército, la del secretario Albornoz con Gabriel de Zayas, y tantos otros documentos, que con sola su enumeracion y con las fechas de cada uno podríamos llenar algunas páginas.

ciéronlo con tal orden y maestría, como soldados viejos que eran, y tomaron tales disposiciones, y publicaron tales bandos, y diéronse asimismo tal forma de gobierno, que ellos se apoderaron de todo lanzando á sus capitanes, y dándose por muy feliz de poderse salvar el maestre de campo Julian Romero, que llegó mas muerto que vivo á Amsterdam. Esta insurreccion, que duró muchos dias, puso en tal cuidado al duque de Alba que escribió al rey pidiéndole por Dios dirigiéndose desde aqui su voz á los amotinados y les ofreciese pagarles á la mayor brevedad. Tan en cuenta lo tomó Felipe II., que en 16 de agosto le contestó desde Galapagar, diciéndole le enviaba 400.000 escudos en letras de cambio, habiéndole costado tanto trabajo reunir esta suma, y á tan crecidos intereses, que era necesario viese de terminar cuanto antes los negocios de los Países Bajos. Con esto y con el dinero que entre el duque y su hijo habian pedido prestado á comerciantes particulares de Amsterdam, pudieron sosegar al pronto la sublevacion, concertando con los insurrectos la cantidad que habian de dar á cada uno. Pero creció con esta especie de capitulacion la insolencia, y no tardaron en amotinarse otra vez, si bien costándoles á los autores de este segundo motin ser ahorcados delante de Alckmaar por orden de don Fadrique.

El resto del año se pasó, conforme á la orden del rey, en apresurar las operaciones para ver de concluir

una guerra tan costosa, que ni los escasos recursos de un país tan castigado, ni los mas escasos que podian ir de España alcanzaban á soportar. Aunque muy quebrantados los orangistas con las anteriores derrotas, aun daban mucho que hacer á las tropas reales en Holanda y Zelanda, de cuyas provincias, si bien se fueron tomando algunas ciudades, á costa de trabajosos sitios y de no pocas pérdidas, muchas quedaban todavía por los rebeldes, y continuaba viva la guerra por tierra y por agua, en aquellos países mitad marítimos, mitad terrestres. Las tropas de diferentes naciones que se hallaban al servicio del rey por este tiempo en los Países Bajos, segun relacion del duque de Alba dada al comendador de Castilla eran: 79 compañías españolas, que hacian 7.900 soldados; 54 compañías de Altos Alemanes, que componian 16.200 hombres: 32 compañías de Bajos Alemanes, con 9.600 plazas: 104 compañías walonas, que equivalian á 20.800 soldados. Era el total de la infantería 54.500 hombres, sin contar los 3.000 que ocupaban las plazas fronterizas. La caballería se componia de 35 compañías, que hacian un efectivo de 4.780 hombres (1).

Mas cuando en tal estado se hallaba la guerra, ocurrió otra novedad, que habia de ser trascendental para los Países Bajos, á saber, el reemplazo defi-

(1) Relacion de la gente de guerra, etc., enviada por el duque de Alba al comendador de Castilla, el 18 de diciembre de 1573.— Archivo de Simancas, Estado, legajo 554.

nitivo del duque de Alba en el gobierno político y militar de Flandes y su venida á España. Los historiadores señalan como única causa de haber admitido el rey la dimision del duque, su falta de salud y el deseo repetidas veces manifestado de retirarse. Pero hubo en realidad mucho mas que esto, segun evidentemente se ve por la correspondencia oficial que tenemos á la vista. Cierto es que el duque de Alba gozaba ya de poca salud, y hacia tiempo deseaba y pedia ser relevado del gobierno, como que á virtud de sus reclamaciones habia el rey nombrado y enviado para reemplazarle al duque de Medinaceli. Encendida la guerra cuando este último llegó á los Países Bajos, creyó el de Alba que su reputacion no le permitia abandonar el pais en aquellos momentos hasta pacificarle, y continuó al frente de la guerra y de los negocios, de modo que habia en los Estados dos gobernadores, uno de hecho y de realidad, que era el duque de Alba, aunque dimisionario, y otro que puede decirse nominal, que era el de Medinaceli, á quien se aparentaba consultar como á una especie de coadjutor ó coregente, pero que en hecho de verdad desempeñaba un papel indefinible. Si al principio pareció marchar acordados los dos gobernadores, no tardaron en surgir entre ellos las quejas y disidencias que era de esperar. «Mucha paciencia he necesitado desde que vine á estos paises (escribia el de Medinaceli desde Nimega en 12 de noviembre de 1572), y ahora que el du-

»que de Alba se mantiene lejos del teatro de la guerra, estoy determinado á dejarle en cuanto Zutphen sea tomada. El rey juzgará si es conveniente que un capitán general esté tan apartado de su ejército, y si es decoroso á mi reputacion que la direccion de la guerra y de las tropas se haya encomendado á don Fadrique, que por la edad puede ser hijo mio. A bien que con irme yo nada sufrirán los negocios, porque el de Alba me da tan poca parte de las cosas, á lo menos de los términos y resolucion dellas, que en las que se ofrecen no me instruye, y en las demas del gobierno, que lo ha de hacer, dice que no es llegado el tiempo, y que las ocupaciones destas revueltas no dan lugar á ello (1).»

Por otra parte el secretario Albornoz, íntimo del de Alba, escribia al secretario Zayas (de Nimega, á 8 de marzo, 1573): «El duque de Medina ayuda poco á la direccion de los negocios. ¡Pluguiese á Dios que el rey no se hubiera acordado de nombrarle, y que él no hubiera venido jamás á estos paises, ó que hubiera venido asi que se le nombró! Porque desde que se supo su nombramiento, comenzaron las intrigas entre los consejeros, y nacieron todos los embarazos en que nos hallamos.... Si el duque de Medina se queda aqui, apostaria á que esto se pierde en ocho meses, ó acaso en cua-

(1) Carta del duque de Medina- legajo 552.
celi, Archivo de Simancas, Estado,

»tro..... (1).» Por este orden continuaban quejándose mutuamente uno de otro duque, é indisponiendo recíprocamente uno á otro gobernador con el rey.

Influyó esto sin duda grandemente en el ánimo de Felipe II. para decidirse á nombrar gobernador y capitán general de los Países Bajos á don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, que gobernaba el ducado de Milan. En 3 de octubre le escribía desde el Pardo que habia mandado se le estendieran las patentes é instrucciones que habia de llevar, y en 21 del mismo desde Madrid le decia que se las enviaba, con una instruccion particular firmada de su mano, que contenia importantes advertencias, asi para la buena direccion de los negocios de Estado, como para la disciplina de las tropas. En su virtud pasó Requesens á Flandes (noviembre, 1573), donde fué muy bien recibido del duque de Alba, y aunque el comendador rehusaba encargarse del gobierno hasta la partida del duque por consideración á su persona, habiéndole éste enseñado las cartas del rey en que le ordenaba hacer la trasmisión del mando tan pronto como aquel llegase, cedió el de Requesens, y se encargó de la lugartenencia general de los Estados (29 de noviembre), con el sentimiento de saber la situacion deplorable en que se encontraba la hacienda, debiéndose considerables sumas, sin haber un real en

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 556.

caja, ni medios de subvenir á los gastos ordinarios (1).

Dispuso pues el duque de Alba su partida, y salió de Bruselas para España (18 de diciembre, 1573), despues de haber gobernado á Flandes seis años, trayendo consigo á su hijo don Fadrique con cinco compañías de caballos, con los cuales se embarcó en Génova, dejando aquellos paises en guerra, y á los hombres políticos haciendo los mas diversos cálculos y encontrados juicios sobre la conveniencia ó inconveniencia de su retirada á tal tiempo y en tales circunstancias. Al decir de un historiador no iban descaminados los que juzgaban que al modo que en Roma se dijo de Augusto César, «que ó no hubiera debido nacer, ó no debiera haber muerto,» asi se podia decir del duque de Alba, «que ó no debiera haber ido nunca á Flandes, ó no debiera haberle dejado á aquel tiempo.» Ocasión tendremos nosotros de emitir nuestro juicio: los sucesos lo irán mostrando tambien, y solo apuntaremos al terminar este capítulo, que el gobierno de Requesens, tan diferente en carácter del duque de Alba, no podia menos de dar nueva fisonomía á la situacion de los Estados de Flandes.

(1) Cartas del duque de Alba 4 de diciembre, tambien de Bruselas, 2 de diciembre, y de don Luis de Requesens, 4 de diciembre, tambien de Bruselas, Archivo de Simancas, Estado, leg. 556.